Quint Buchholz

El coleccionista de momentos

Lóguez Ediciones

JAN - - 2002

[redacted]

SAN RAFAEL PUBLIC LIBRARY
SAN RAFAEL, CALIFORNIA

DATE DUE

DISCARD

GAYLORD PRINTED IN U.S.A.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/elcoleccionistad0000buch

Quint Buchholz
El coleccionista de momentos

Quint Buchholz
El coleccionista de momentos

San Rafael Public Library
1100 E Street
San Rafael, CA 94901

Lóguez Ediciones

Traducido del alemán por L. Rodríguez López

ISBN:84-89804-16-8

© Carl Hanser Verlag München Wien 1997
© para España y el español: Lóguez Ediciones
Ctra. de Madrid, 90. 37900 Santa Marta de Tormes (Salamanca)
Printed in Germany

Dedicado a mi madre

Max se ponía a cantar al atardecer, cuando llegaba el crepúsculo y no podía seguir pintando.
Cantaba en el estudio, delante de la ventana, con su arrugada cazadora de lino puesta.
Desde allí se podía ver el mar entre las casas, al otro lado de la calle. Más allá, al final del malecón, las luces del faro comenzaban a destellar y se divisaba el transbordador, que se acercaba desde tierra en su último viaje del día, para regresar un poco más tarde, trazando una fina estela de humo en el cielo, seguido por una bandada de gaviotas.
Max cantaba con una voz clara, casi infantil. Eran canciones sin palabras.
Yo lo escuchaba acurrucado en el sillón rojo.

En una ocasión, Max me oyó tocar el violín.
Desde entonces, al atardecer, siempre me pedía que tocara mientras él cantaba. A veces, él solamente escuchaba los sonidos de mi violín.
«Haces una bonita música, profesor», decía cuando habíamos terminado. Siempre me llamaba así.
En la escuela, algunas veces se reían de mí por mis anticuadas gafas de níquel y porque, además, estaba un poco gordo. Pero cuando Max me decía «profesor», sonaba como un elogio cariñoso.
Después yo guardaba mi violín en el estuche y corría por las escaleras tres pisos más abajo a casa de mis padres para cenar.

Vivíamos en una casa de alquiler, en la Calle del Puerto. Una amplia calle que conducía, formando un amplio arco a través de la ciudad hacia abajo, hasta el puerto y el muelle de atraque del transbordador. Mis padres tenían una tienda en el bajo de la casa. *Ferretería*, ponía con grandes letras azules en el cartel colocado encima de la puerta de la tienda. Debajo, en letras más pequeñas, se podía leer *Prop. E. Buchholz*. Los habitantes de la isla compraban en la tienda herramientas, bisagras, escuadras, cerraduras, tornillos y puntas de todas las formas y tamaños.
Nuestra vivienda se encontraba justamente encima de la tienda y yo compartía una habitación con mi hermano mayor.

Max había venido a vivir al cuarto piso en un caluroso día de marzo.
Las primeras golondrinas habían regresado ya del sur y llenaban el aire con sus trinos. En el cielo, el viento arrastraba pequeñas nubes blancas y traía la fragancia del agua salada.
Un camión amarillo de mudanzas estaba parado delante de nuestra casa y varios hombres, con pantalones azules de lona, acarreaban hacia arriba cajas, mesas, sillas, baldas de estanterías, tiestos, un antiguo globo terráqueo, un caballete y un amplio sillón tapizado de rojo oscuro.
Max iba entre los hombres dándoles instrucciones y pasándose la mano, una y otra vez, por el rubio pelo.
Se quedó ese verano, el invierno y el verano siguiente. Se marchó cuando llegó el otoño.

Una estrecha escalera, de desgastados y chirriantes peldaños y barandillas de hierro forjado, conducía hasta el cuarto piso. Yo me acercaba casi a diario hasta la puerta gris y apretaba con cuidado el picaporte. Si no estaba cerrada, podía entrar.
Allí me pasaba las tardes enteras, mientras Max trabajaba en sus cuadros.

Hacía mis deberes de clase tumbado boca abajo en la oscura madera del piso. En los grandes pliegos que Max me daba, dibujaba veleros en medio de tempestades, valientes jefes indios, aguerridos caballeros y dragones que escupían fuego. O diseñaba cohetes espaciales con cartón y papel de chocolate, que eran impulsados por cabezas de cerillas. Los primeros tripulantes del espacio serían moscas y el cohete despegaría desde la pradera del parque de la ciudad.

Yo leía a *Robinson Crusoe, La isla del tesoro* y *El gran tigre y Christian*, que había encontrado en la vivienda de Max, entre una larga hilera de libros. En el suelo, por todas partes, se amontonaban pesados libros de arte y yo me sumergía en pasados mundos de emperadores y reyes, seguía las huellas de los grandes descubridores y el rastro de animales salvajes, visitaba lejanos países y ciudades y contemplaba las obras de famosos arquitectos y los cuadros de importantes pintores.

Jugaba al ajedrez contra mí mismo, con la tranquilizante certeza de ganar siempre.

En ocasiones, también realizaba largos viajes por el mundo en el globo que se encontraba sobre un taburete al lado de la estufa de gas-oil. Y mi dedo índice trazaba la ruta de viaje en la capa de polvo sobre el hemisferio norte.

Los ruidos de la calle llegaban tenuemente hasta arriba. De vez en cuando, se escuchaba la sirena del transbordador desde el puerto y, en verano, zumbaba el ventilador que colgaba del techo. El reloj de pared emitía su tic-tac y se oía el suave y regular roce de la pluma de dibujo de Max sobre el papel.
Max se pasaba horas sentado casi inmóvil a la mesa grande, rodeado de pliegos con esbozos, libros, lápices e incontables tarros de pintura. Con el torso inclinado hacia delante, su mano recorría lentamente el papel en sosegados movimientos.
De vez en cuando, limpiaba la pluma con un viejo trapo multicolor, colocaba el cuadro en el caballete, junto a la mesa, y lo contemplaba largamente mesándose los cabellos. A veces, podía suceder que una sonrisa le recorriera fugazmente su rostro. Pero, por lo general, su frente estaba surcada por profundas arrugas.
En ocasiones, también se levantaba. Iba inquieto de un lado a otro del estudio, miraba a través de la ventana y desaparecía por un rato en la cocina.
Después se sentaba de nuevo a la mesa, retiraba el cuadro del caballete y continuaba pintando.

A mí me gustaba mucho contemplar a Max desde el sillón rojo mientras él trabajaba, aunque no pudiera ver qué es lo que pintaba. Hacía un secreto de cada uno de sus cuadros. No me estaba permitido verlos mientras pintaba.
Si después de una semana terminaba un cuadro, iba a buscar un marco blanco y lo colocaba, dado la vuelta, contra la pared, junto a los otros.
«Un camino invisible conduce a cada cuadro», dijo en una ocasión. «El pintor tiene que encontrarlo. Y no puede enseñar el cuadro demasia-

do pronto porque, de lo contrario, perdería nuevamente ese camino».

Max daba con frecuencia largos paseos. Recorría, como un explorador, las calles de la ciudad, iba por la larga playa o por las dunas con su cabello flotando y la cazadora hinchada por el viento.
Max podía pasar muchas horas en silencio sentado en el malecón del puerto, en un banco del parque o en uno de los cafés del Paseo del Puerto, con la mirada fija en la lejanía, como buscando algo. A veces le veía tomar breves notas en una pequeña libreta, que siempre llevaba consigo.

También en ocasiones realizaba largos viajes y yo le acompañaba hasta el muelle y después corría por el malecón hasta el faro. Cuando el transbordador pasaba por delante, Max estaba apoyado en la borda de popa, con su maleta marrón y saludaba con la mano. Yo también saludaba y le seguía con la vista hasta que el transbordador era solamente un diminuto punto en el horizonte.

Nunca me decía cuándo regresaba. Ni él mismo quizá lo supiera cuando partía.
Pero llegaba un día en el que la puerta de su piso no estaba cerrada. Yo podía entrar de nuevo en la vivienda, como antes del viaje. Max se encontraba sentado a la mesa de trabajo, me hacía un gesto de saludo y se sumergía de nuevo en el cuadro que había empezado después de su regreso.
Y también de nuevo, yo me hundía en el sillón rojo.
Y, como siempre, yo tocaba el violín al atardecer y Max me acompañaba cantando o callaba.

Max raramente hablaba de sus viajes.
Pero cuando lo hacía, me hablaba de extrañas historias, cosas o acontecimientos de los que yo jamás había oído.
Un día de invierno, Max había dejado de trabajar antes de lo acostumbrado, estábamos sentados delante de la ventana y bebíamos té en tazas azul oscuro.
Fuera, nevaba en gruesos copos y todo parecía más silencioso.
«¿Sabías que en Canadá hay elefantes de nieve?», preguntó Max mientras nuestras miradas seguían a los copos de nieve en su caída.
«Son aún más grandes que los elefantes africanos y tienen una piel dura y blanca, parecida a la de los osos polares. Son muy esquivos y solamente salen de los bosques cuando nieva copiosamente. A pesar de ser tan grandes, se mueven con increíble suavidad y ligereza y, por lo general, desaparecen de nuevo en la tempestad de nieve antes de que uno haya podido verdaderamente verlos».
Durante un rato, miramos silenciosos a través de la ventana. Max siguió hablando y contó de un vagón de circo que volaba. Sucedió en una pequeña ciudad francesa. Él se encontraba parado, tarde en la noche, cuando el vagón, con las ventanas iluminadas, pasó silenciosamente flotando en el cielo, se detuvo un momento sobre un puente y después, lentamente, desapareció de nuevo en la oscuridad de la noche.

Me gustaban esas historias. Sonaban tan increíbles, pero Max las contaba como si él hubiera visto verdaderamente todo. Naturalmente, yo quería saber la verdad a través de él.
«Ven, profesor, vamos a hacer música», dijo con una sonrisa y llevó las tazas de té a la cocina. Sencillamente, en ocasiones, se negaba a aclarar las cosas más importantes.

Hacía un año que Max vivía en nuestra casa.
Delante de las paredes del estudio, se había ido formando una larga hilera de cuadros, colocados todos de cara a la pared.
Una tarde, después de haber tocado nuestra música, Max dijo que tenía que irse de viaje por bastante tiempo. Me entregó un llavero y me pidió que cuidara de su piso, regara las plantas y recogiera el correo del buzón mientras él estuviera fuera.
Pero lo más maravilloso fue que me permitía estar todo el tiempo que yo quisiera en el estudio.

Max se marchó una fría mañana, al comienzo de las vacaciones de verano, y lo acompañé hasta el muelle.
Todavía flotaba una ligera bruma sobre el agua y la luz del temprano sol resplandecía en los rizos de las olas.
Como siempre, al pasar el transbordador, me encontraba al lado del faro y saludé a Max con la mano.

Una gaviota voló directamente sobre mi cabeza y chilló. A lo lejos, dos veleros surcaban el agua plateada.
Regresé por el malecón y pasé por delante de los hoteles y bares de las playas, donde los camareros ordenaban las sillas y sacaban las mesas. Las multicolores sombrillas tremolaban con el viento y un hombre tocaba al organillo *Blue Spanish Eyes* en la esquina con la Calle del Puerto.

Había eorreo en el buzón. Lo saqué y corrí hacia arriba.
Mi corazón golpeaba con fuerza cuando descorrí los cerrojos de la puerta del piso.
El pasillo se encontraba a oscuras. Max había colocado todos los tiestos sobre la mesa del comedor. Dejé las cartas al lado.
La puerta del estudio estaba abierta y se oía el tic-tac del reloj de pared.
Entré indeciso, la luz del sol caía sobre el suelo en estrechas franjas a través de las persianas bajadas.

Algo había cambiado. Los cuadros seguían estando en una larga hilera contra la pared. Pero me miraban.
Ahora había llegado el momento de verlos. Ahora podía verlos.

Delante de cada cuadro, había un trozo de papel en el que Max había escrito algo a lápiz.
Estaba en medio de una exposición que él había preparado para mí.

Más allá, una anciana se encontraba sentada a la sombra de un castaño y señalaba el camino a los visitantes.

27

Elefantes de nieve en Canadá.
Verdaderamente, sólo duró
un momento.

Era un primero de enero.
Había nevado durante toda la noche.

La noche anterior, el circo
había dado su última función.

HOTEL

La calle estaba de nuevo vacía
y abandonada cuando, un poco más tarde,
un taxi dobló la esquina.

Por la mañana, a las seis y media.
En la casa, ladró un perro y
alguien encendió la luz.

Las estrechas franjas de luz se desplazaban lentamente por el suelo de madera. Parecía como si el tiempo se extendiera indefinidamente en los cuadros de Max.

Yo me encontraba en cuelillas, en el silencio del estudio y, de vez en cuando, me deslizaba un poco más y mis ojos recorrían las extrañas cosas que Max había pintado.

Me habría gustado preguntarle tantas cosas... Quizá aquellos cuadros fueran recuerdos de algo que él había visto en sus viajes. Vi pasar a los elefantes de nieve, sobre los que él me había hablado. Reconocí también el vagón flotante del circo.

Todo estaba pintado con exactitud y, curiosamente, me resultaba familiar, también los colores: El azul frío de la nieve, el verde de las praderas, resplandeciente en el sol de la mañana o el amarillo brillante de las luces en la noche. Sin embargo, en cada uno de los cuadros sucedía algo inusual, desconocido, que me eonfundía y, a la vez, me retenía y que me introducía casi físicamente en el euadro.

Max había pintado siempre un determinado momento. Pero noté elaramente que existía además una historia que había comenzado mueho antes.

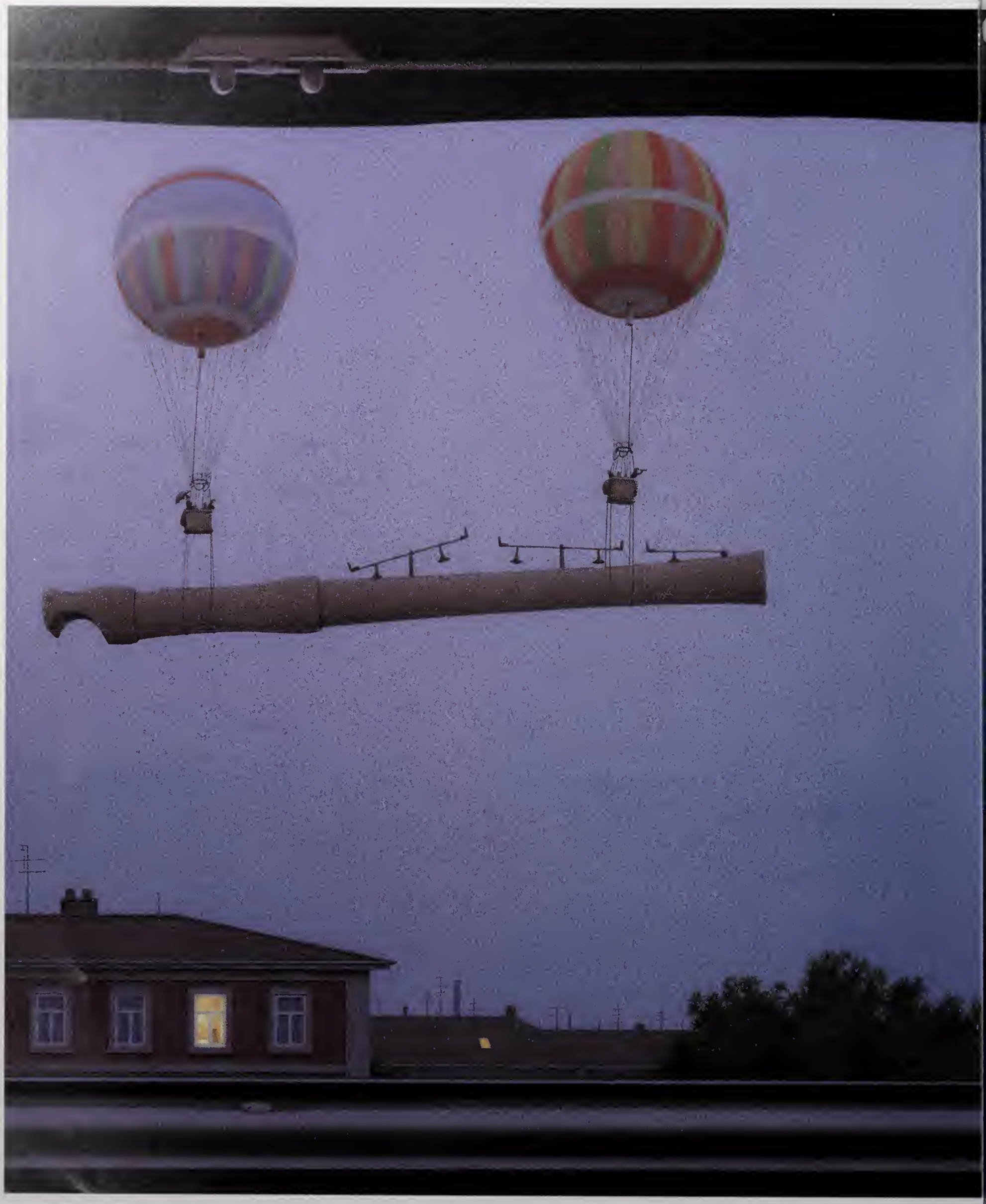
En uno de los cuadros, vi un giganteseo paquete junto a una easa. Pero no vi cómo había llegado hasta allí, qué había dentro o quién miraba a las vacas. Eso no lo había pintado.

En una ocasión, Max había dicho algo que entonees no eomprendí: «Todo euadro tiene que guardar un secreto. También para mí. Quizá otros puedan descubrir en mis euadros más que yo mismo». Y había añadido: «Yo sólo soy el eoleecionista. Coleeciono momentos».

Ahora yo presentía lo que había querido deeir.

Max se había pintado en un espejo, al lado de una puerta abierta. Su maleta marrón, con las guarniciones de latón dorado, se encontraba en la puerta. Al lado, el euaderno de apuntes. En la nota, delante del cuadro, leí: *El coleccionista de momentos.*

A veces, pasaban niños,
comentaban algo con el hombre
y después desaparecían
detrás de una de las puertas.



Volaban en dirección a la costa.
Un profundo, cálido tono sonaba
en medio de la noche.

Por el día, el hombre trabajaba en la oficina de la Sociedad de Ferrocarriles.

30

En una cercana colina, había
un castillo con blancas ventanas.

Estuvieron allí un largo rato y hablaron antes de seguir adelante.

Las semanas siguientes, cuando yo estaba en el estudio, ponía cada vez un cuadro distinto en el caballete, que había arrimado al sillón rojo, junto a la ventana.

Entonces viajaba a todos aquellos lugares que Max había pintado. Pasaba a través de misteriosas puertas y caminaba por nocturnas calles. Pisaba, al lado de gallinas, paisajes nevados y prestaba atención a lo que decían el chico pequeño y el chico grande a la orilla del mar. Corría con el payaso y el ganso por las praderas y con los pingüinos por la ciudad. En ocasiones, era el rey y, a veces, la pequeña niña navegando por el mar con el león en el bote.

En cada uno de esos viajes, vivía cosas diferentes y podía partir, desde cada cuadro, a lugares siempre muy distintos. Y cuando regresaba, allí estaban el mullido sillón, el tranquilizante tic-tac del reloj de pared y el recogimiento de la habitación.

Lentamente, me fui dando cuenta de por qué yo debía ver los cuadros cuando no estuviera presente Max. No había querido estar allí y tampoco darme ninguna explicación. Las respuestas a todas mis preguntas fueron dándose por sí mismas en el largo tiempo que pasé delante de los cuadros.

Las vacaciones de verano habían llegado a su fin.

El último cuadro sobre el caballete era el del faro. Yo veía casi todos los días el faro de nuestra isla, pero jamás lo había visto así, como Max lo había pintado en la niebla.

Fui a buscar mi violín e intenté tocar la música que yo oía en el cuadro y que se convirtió en una suave, alegre melodía.

Fuera, delante de la ventana, esa noche también la ciudad desaparecía casi completamente en una cerrada niebla y no se veía el mar.

La nota de Max decía *Faro en una isla*, pero le di la vuelta y escribí en el reverso: *El caballo oye mal, Max, pero yo puedo oír nítidamente la música.*

Max regresó al día siguiente en el primer transbordador y todo cambió.
En su viaje, había descubierto una casa en el sur, lejos de nuestra isla. ¿Cómo podía entender yo que quisiera irse? Había llegado en su día porque buscaba un lugar donde poder pintar, con toda tranquilidad, todos aquellos cuadros que a mí me resultaban tan familiares.
Pero me dijo que no podía quedarse mucho tiempo en el mismo sitio. Dijo que su tiempo en la isla, una vez que hubo pintado todos los cuadros, había terminado. Dijo que tenía que marcharse a otra parte y pintar allí nuevos cuadros, quizá muy distintos.
Y añadió que el tiempo conmigo había sido muy bonito y que yo era una persona muy especial y que, imprescindiblemente, tenía que seguir haciendo música.
Max jamás había hablado así conmigo. Lo escuché, pero no lo comprendí.

Había pasado el verano.
Montañas de nubes grises se alzaban en el cielo y el mar encrespado tenía un color marrón oscuro.
Nos encontrábamos en el muelle. Mis padres y mi hermano nos habían acompañado.
Max dejó su maleta marrón en el suelo y se pasó la mano por el pelo. Su negra cazadora tremolaba con el viento, que azotaba desde el mar hacia la isla y arrastraba hojas y ramas por el asfalto.
Un camión de mudanzas amarillo esperaba ante el transbordador en la fila de coches.
Escuché por última vez el timbre cálido de la voz de Max: «Te voy a echar de menos, profesor», dijo en voz baja y yo miré hacia mis zapatos.
Después se fue por la oxidada pasarela hacia el transbordador.
Ese día no corrí hacia el faro.

Estuvimos durante un buen rato diciéndole adiós con la mano.
El viento arrojaba espuma de las olas por encima del malecón del puerto y nos mojaba. No podía ver nada a través de los cristales de mis gafas. Solamente me encontraba allí, con mi mojado anorak azul. El agua de mar tenía el sabor salado de las lágrimas. Noté la mano de mi madre sobre mis hombros.

En el piso de Max entró a vivir un matrimonio gordo con un chico y un diminuto perro, que se pasaba ladrando todo el tiempo.
De vez en cuando, el chico me dejaba dar una vuelta en su brillante, cromada bicicleta a cambio de un rollo de regaliz, me enseñó su pista de coches y su gran colección de naves espaciales de plástico. No le hablé de mis planes con los cohetes. Jugábamos al fútbol en el parque e íbamos a soltar nuestras cometas en el aire frío de la playa.
No volví a tocar el violín durante un largo tiempo. Cuando lo saqué por primera vez del estuche, mi hermano suspiró preocupado.
A veces, corría hasta el faro cuando veía el transbordador e intentaba reconocer a los pasajeros que se apoyaban sobre la borda en la proa.

Pasó el invierno. Y en un caluroso día de verano, llegó un paquete de Max. Sobre el papel que lo envolvía, venían pegados desconocidos sellos de colores.
En el paquete, se encontraba un cuadro:
Sobre el muro del puerto, hay un sillón rojo, rodeado de cuadros. Las gaviotas planean sobre el agua resplandeciente. Dos veleros navegan a lo lejos. Un chico, con anorak azul, está de pie encima del sillón y toca el violín. Lleva puestas unas anticuadas gafas con montura de níquel y es un poco gordo.

Pegado a la parte posterior del cuadro, había un trozo de papel de estraza. Con la letra grande y familiar de Max, ponía a lápiz: *Sabes, profesor, tu música está siempre en mis cuadros.*

El cuadro de Max cuelga ahora en el pasillo de nuestro piso, inmediatamente al lado de la puerta que da a la habitación de mi pequeña hija. Lo contemplo cada mañana cuando cojo el abrigo de la percha. Después viajo con el tranvía a la Escuela Superior de Música, donde doy clases de violín.

Quint Buchholz nació en 1957 en Stolberg (Alemania). Creció en Stuttgart y estudió primero Historia del Arte y después Bellas Artes en la Kunstakademie de Munich. Actualmente vive con su mujer y sus tres hijos en Ottobrunn, cerca de Munich. Con su libro ilustrado «Duerme bien, pequeño oso» (publicado en España por Lóguez Ediciones), consiguió un gran éxito internacional.

«El coleccionista de momentos» ha recibido el *Premio Bologna-Ragazzi 1998.*

Max es pintor o, como él mismo dice, un coleccionista de momentos. Un día se va a vivir a una isla para pintar los cuadros que ha ido coleccionando en su mente. En la casa, vive un chico que se hace amigo de Max y que pasará días enteros en su estudio. Sin embargo, al chico no se le permite ver los cuadros que Max pinta. Solamente cuando el pintor emprende un largo viaje, le da la llave de su estudio. Y cuando el chico entra, por primera vez solo, se encuentra con toda una exposición exclusivamente para él.

Cuanto más contempla un cuadro, más profundamente se introduce en él, descubriendo historias que solamente él puede ver y escuchar.

Premio BolognaRagazzi 1998

ISBN:84-89804-16-8